

IJITU DE SANTXOENEA, BERTSOLARI GITANO

Ion Arretxe

Cuando se veía obligado a hablar de sí mismo, aseguraba unas veces que había nacido en la ciudad de Badajoz, en la Plaza Alta, a los pies de la Torre Espantaperros. Y otras, en cambio, que era hijo de la piedra, pues padre no conoció, y que fue recogido por una familia de caldereros junto a las ruinas de un molino a orillas del Guadiana.

Lo único cierto era que en su piel de bronce brillaba el sol egipcio de los gitanos.

Se sabía de él que había desembarcado en Pasaia formando parte de la *troupe* que todos los años impares, durante las fiestas de San Fermín, levantaba una carpa en el recinto ferial de la Alameda entre la barraca de las Olas y el puesto de vino de Cariñena, el de los autómatas vestidos de baturros que simulaban estar condenados a pisar la uva eternamente.

Bajo las lonas acartonadas por el polvo de casi todos los caminos de la Tierra, aquella familia de zíngaros exhibía los prodigiosos engendros de la naturaleza, el monstruo de Guatemala, la mujer serpiente, el hombre víbora, o el niño gusano del Bután, que habían ido recogiendo a su paso por los lugares más recónditos del orbe, muchos de ellos verdaderos paraísos terrenales adonde les había conducido la estrella errante que guía a los gitanos.

Estaba precisamente en la entrada de la barraca de la mujer serpiente, aburrido, esperando, tras la pequeña abertura que hacía las veces de taquilla, a un público que ya estaba un poco harto de dejarse engañar año tras año con los mismos trucos, cuando oyó por primera vez a los *bertsolaris*.

Ijitu de Santxoenea, que por aquellos días todavía se llamaba Manuel Montoya, abandonó su puesto de inmediato, como cuenta el ciego Homero que lo abandonaron los marineros de Ulises ante el irresistible canto de las sirenas. Y cuando regresó a la barraca, hora y media o dos horas más tarde, tenía el corazón lleno de antiguas melodías, y la cabeza poblada de palabras rimadas que escondían en sus sílabas las certezas del viejo pueblo vasco, igual que los pájaros esconden en sus cantos el secreto del volar.

Cómo y dónde aprendió a hablar la lengua de los vascos es algo que nadie, ni siquiera los más ilustres de entre los estudiosos del bertsolarismo, se atreven a precisar.

El caso es que, antes de que finalizase la década de los 70, la barraca de los Montoya ofrecía para la exhibición de su último fenómeno de feria, las sobrinas siamesas del Hombre Víbora, el mismo número de sesiones en euskera que en castellano.

- ¿Cómo viajáis?
—En una maleta.
—¿De qué os alimentáis?
—Comemos tres conejos vivos al día.
—*Nola bidaiatzen duzue?*
—*Maleta baten barruan.*
—*Zer jaten duzue?*
—*Eguneko hiru untxi bizi jaten ditugu.*

* * *

Aunque había oído hablar mucho de él, conocí a Ijitu en los bajos de la iglesia de Iztieta, en el Secretariado de Cáritas, donde yo trabajaba ayudando a una hermana de mi amona, y él había acudido en busca de la caridad y la suerte necesarias para hacerse con un traje de su talla.

Hacía varios años que había dejado la vida nómada de los feriantes y, según nos contó con ese desparpajo del que hacía gala, había sido invitado a participar en una exhibición de *bertsolaris* que se iba a celebrar en el barrio de Ventas de Irun y, presumido como lo son todos los gitanos, quería presentarse de punta en blanco.

Como aquellos días apenas habíamos recibido género, tan solo un traje de comunión, unas batas de guatiné y dos blusones, convenimos en que yo mismo le avisaría si entraba algo parecido a lo que él necesitaba.

Pero un traje de su talla –Ijitu era alto y espigado como una caña– no era algo de lo que la

gente se desprendiera así como así. Por eso mismo, después de comentarlo esa misma tarde en casa, mi ama sacó del armario un traje prácticamente nuevo, de los que usaba el aita para cantar en la Coral Andra Mari y que ya empezaba a quedarle un poco pequeño y a tirarle de la manga, así que me lo entregó para que se lo regalara al gitano *bertsolari*.

Nadie supimos dónde vivía Ijitu de Santxoenea.

Unos hablaban que se había construido una pequeña *txabola* en la galería central de una de las cuevas de Landarbaso. Otros decían que le habían visto, por la mañana temprano, afeitándose junto al túnel del Topo que va desde Pasajes hasta Galtzaraborda.

Y tampoco faltaban los que aseguraban que pasaba las noches en un nicho olvidado del cementerio viejo, en un ataúd lleno de arena del Guadiana, traída desde una gravera de su tierra natal en Badajoz, que lo conservaba joven y apuesto, con una melena gitana de ésas que caen



por detrás y que en Ijitu de Santxoenea lucía negra y rizada como el primer día.

Aunque algunos atribuían su apodo al hecho de que trabajó durante una breve temporada como recadero en un conocido comercio de la calle Santxoenea, en el mismo casco medieval de la villa, nada más lejos de la realidad.

El sobrenombre lo había adquirido gracias a un panfleto que escribió en castellano, muy difícil de encontrar hoy en día incluso en los más prestigiosos archivos de la provincia, y que se publicó junto a la Hoja Parroquial Extraordinaria que con motivo de las Navidades de 1974 editó el ya desaparecido Hospitalillo de Rentería.

En este texto, Ijitu trataba de polemizar, digo trataba porque jamás nadie se hizo el menor eco de su teoría, sobre la posibilidad de que Dulcinea, la de Don Quijote, tuviera ascendencia vasca.

Reproduzco a continuación unos fragmentos del intrascendente y desatinado artículo:

“Sancho es a Sanchoenea, lo que Dulce es a Dulcinea...”

Y también:

“¿Acaso los Damborenea, los Belascoenea, y los Ajuriaenea me van a decir a mí que Dulcinea no era vasca? No digo yo de vivir, porque bien claro dejó dicho Cervantes que la joven labradora vivía en el Toboso, que si mis conocimientos geográficos no me traicionan, está en la provincia de Toledo, muy lejos de la tierra del viejo Aitor”.

Cada vez que Ijitu de Santxoenea bebía once o doce copas de licor de granadina, dulce y púrpura como la sangre, se colocaba un cigarrillo en la oreja, se acodaba después en la barra del bar y, dejando caer su peso sobre el mostrador, se arrancaba a cantar con voz afinada de gitano viejo.

—*Santaklaran bizi naiz eta...*

(Vivo en Santa Clara y...)

Y ahí paraba.

Siempre hacía una pausa tras el primer bertso.

Luego bizqueaba un poco, atravesando las paredes con la mirada como si buscara la inspiración en el más allá, y volvía a entonar de nuevo:

—*Santaklaran bizi naiz eta...*

—Pero si tú no vives en Santaklara —le decía cualquiera de los que estaba ahí.

—*Ah... baina bertsolaritza ez da bizi.*

(Ah... pero el bertsolarismo no es la vida).

Y ahí acababa su improvisación, dejando un silencio entre los presentes tan rotundo y tan pesado que casi se podía ver. Un silencio que, más que invitar, obligaba a la reflexión. Un silencio imposible de llenar.

Bertsolaritza ez da bizi.

¡Qué profundo significado encierra esta sentencia!

Bertsolaritza ez da bizi.

Estas cuatro palabras siguieron al bertsolari gitano hasta su mismísima tumba, sobre cuyo frío mármol estuvieron clavadas para la eternidad hasta que un amante del bronce y de lo ajeno decidió arrancarlas, junto con unos cuantos Cristos, media docena de búcaros y una pareja de ángeles dolientes, para venderlas al peso en la chatarrería de algún desalmado.

Ijitu de Santxoenea no fue el primer *bertsolari*, y seguro que no será el último, que cantó en sus *bertsos* el encuentro de todas las naciones en el valle de Josafat, donde serán congregadas para asistir al Juicio Final. Ya lo hicieron antes que él Txirrita, Uztapide, y el mismísimo Lazkao Txiki.

Pero en Ijitu se dan dos ideas muy novedosas, y totalmente originales en el uso de esta metáfora bíblica.

La primera de ellas, de alcance principalmente poestético, tiene que ver con la creencia, muy arraigada en nuestro personaje, de que el fin del mundo tardará mucho en llegar porque la justicia, también la divina, es lenta, muy lenta, exageradamente lenta.

*Azken epaiak markatzen ditu
guztion azken egunak
Josafat honen belardietako
liliak ala asunak.
Ez kezkatu ta zaudete lasai
ez urduritu lagunak
justizia denak dira motelak
epaiak beti urrunak
ta gu den-denok salbauko gaitu
justizian moteltasunak*

Es el juicio final quien marca el fin de nuestros días,
las flores o las ortigas de los prados de Josafat.
Pero, amigos, no os preocupéis ni os pongáis nerviosos,
pues todas las justicias son lentas y los veredictos siempre lejanos.
Será la lentitud de la justicia la que nos salvará a todos nosotros.

Y la segunda idea –tal vez algo menos contrastada que la primera, y que por eso mismo fue detonante de fortísimas discusiones tabernarias, pero también de rifirrafes teológicos y filosóficos, siempre en el ámbito de la metafísica– proviene de la certeza que Ijitu de Santxoenea defendió, incluso a costa de su integridad física y de la de los demás, que el prado de Josafat estaba localizado, no en el Próximo Oriente junto a la desembocadura del río Kubán como habían determinado la mayoría de los exégetas, ni en Harmagedón o monte de Megidó, donde el rey hebreo Josías fue derrotado y muerto por los egipcios, sino en la mismísima campa Patxiku, la campa de hierba que discurre entre las calles Santa Klara y la Calle Arriba de nuestra localidad.

Y esgrimía, como prueba irrefutable de esta hipótesis, la curiosa circunstancia de que, además de estar coronada por un cementerio, la campa Patxiku está dispuesta de manera escalonada en tres niveles, cada uno de los cuales representan, según él, uno de los tres campos de batalla donde se enfrentarán antes de la batalla final, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo contra los tres espíritus impuros con apariencia de ranas que, llegado el momento, tal como anuncia el Apocalipsis de San Juan, saldrán de las bocas del Dragón, de la Bestia, y del Falso profeta.

—¡Anda ya! –cuentan que dijo uno de calle Medio al escuchar estas explicaciones.

Y ya no dijo nada más por esa boquita porque Ijitu de Santxoenea le echó una mirada fulminante, tan cargada de intención y, según declararon después algunos de los allí presentes, de auténtico mal de ojo o *begizko*, que cayó muerto sobre un suelo lleno de colillas –hay que tener en cuenta que fue en los lejanos tiempos en que todavía se podía fumar en los bares–, palillos, servilletas arrugadas, y huesos de aceitunas a medio roer.

Además de aquella vez en que le estuve buscando por todos los bares del centro del pueblo para regalarle el viejo traje de mi padre –traje que, por cierto, nunca más se quitó–, apenas si estuve con él otra media docena de veces.

En una de ellas, a la salida de un funeral en la iglesia de los Capuchinos, mientras hablábamos de la vida y de la muerte como suele hacerse a la salida de los funerales, Ijitu me estuvo contando que en el mundo había más muertos que vivos, *hildakoak bizirik daudenak baino gehiago*, cosa que era fácil de entender considerando la cantidad de gente que habría muerto desde Adán y Eva –Ijitu de Santxoenea era profundamente creyente– hasta nuestros días.

Pero sin embrago, continuaba el razonamiento de Ijitu, había más nacidos que muertos, *jaiotakoak hildakoak baino gehiago*, ya que nacidos somos todos, tanto los muertos que en el mundo han sido, como los que seguimos vivitos y coleando, que también somos unos cuantos.

—¿Sabes cuál va a ser el día grande, el día de los días? –me preguntó Ijitu sin esperar respuesta–. El día del empate final, *Azken berdinketa*, cuando haya el mismo número de nacidos que de muertos, *Patxiku Eguna*.

Y se reía con una risa que sonaba como el chirriar de las puertas del infierno.

Y en otra ocasión, hablando, no sé muy bien a santo de qué, sobre la ancestral vagancia de los gitanos y su disposición a no hacer nada, o más bien poco –querencia que les ha permitido vivir en los márgenes de la clase obrera y del PTV (Pueblo Trabajador Vasco), lejos de la sirena de las fábricas y del trabajo regulado por un horario, vendiendo unas cajas de fruta tocada por aquí, un caballo viejo por allá, una ramita de romero o un molinillo de viento por acullá–, Ijitu de Santxoenea me explicó que los gitanos no descendían de Adán y

Eva. Que los gitanos descienden de otra mujer anterior a Eva, Lilith, que también estuvo con Adán correteando por el Edén. Y por consiguiente, a ellos no les afecta la condena del trabajo que sucedió a la desobediencia de Eva, ya que, para bien o para mal, no son hijos de ella.

Y cómo olvidar la vez que nos explicó, dejándose el gañote en ello, que el famoso Tirititrán tantrán, tirititrán tantrero con el que empiezan las alegrías de Cádiz, no viene, como piensan algunos, por ser lo primero que se le ocurrió al cantaor Ignacio Espeleta para salir del paso en una ocasión en la que, por ir bien cargaíto, se le había olvidado la letra.

Según Ijitu de Santxoenea, el Tirititrán tantrán venía del Tirauki triki trauki vasco, mucho más antiguo, con el que empiezan algunas coplas imitando el repicar del martillo, *mailuaren hotsa*. Sonido tan querido por los gitanos porque les trae ecos del yunque en la fragua.

* * *

Entre las obras que, a causa de su inesperada y terrible muerte –apareció con una ristra de ajos rodeándole el cuello y una estaca clavada en el corazón–, quedaron en el tintero o en el teclado del ordenador, tenemos que destacar el Diccionario Escolar Euskera-Caló, Caló-Euskera, por el que un editor del Sacromonte en Granada ya le había entregado a Ijitu una cantidad de dinero nada desdeñable en concepto de adelanto, convencido como estaba del éxito de dicho libro y de su implantación como texto imprescindible, e incluso obligatorio, en las ikastolas y euskaltegis de toda la geografía vasca.

Reproduzco a continuación, en estricto orden alfabético, unas cuantas voces de este magno, aunque inconcluso proyecto.

Bato: Aita.
Camelar: Maite.
Cate: Kolpe.
Chabó: Mutil.
Choró: Lapur.
Diquelar: Begiratu.
Meripén: Heriotza.
Mui: Aho.
Naquerar: Hitz egin.
Parné: Diru.
Pinrel: Oin.
Quer: Etxe.

En palabras de Gutiperio Stesó, catedrático emérito por la Universidad de Lezo, "*Bere bertsoetan gai zorrotz eta sakonak landu zituen (...) Bere bizitza, askatasuna, fedea eta mamu klasikoak – Drakula, Frankenstein...– buruz kantatu zuen*".

(En sus composiciones cultivó temas agudos y profundos (...) Cantó sobre su propia vida, sobre la libertad, la fe y los monstruos clásicos: Drácula, Frankenstein...)

¿Por qué este acercamiento de nuestro *bertsolari* a la figura de los monstruos? ¿Tal vez porque él mismo se sentía un monstruo, en el sentido de un ser extraño y diferente a los demás?

—Hombre, rarito era –nos respondió el propio Stesó desde su cama en una habitación totalmente acolchada del Hospital Psiquiátrico de Bermeo, donde pasó los últimos 34 años de su vida. Y dicho esto, se bebió de un trago un litro caliente de Fanta de naranja y se puso a dar cabezazos contra las paredes de la estancia.

Cuenta la leyenda urbana que su cadáver fue robado una tarde de galerna y viento encendido por gitanos envueltos en capas negras, que revoloteaban entre los mármoles de las tumbas como murciélagos enloquecidos.

Lo cierto es que, cuando el Ayuntamiento acometió las obras del viejo cementerio para convertirlo en un parque gótico inglés, en la sencilla sepultura donde unos años antes habían ido a parar sus restos, solamente se encontraron los cuernos retorcidos de un macho cabrío sobre el que estaban grabados, con letras lúgubres y antiguas, estas solemnes palabras:

Santaklaran bizi naiz, eta kitto!

(Vivo en Santa Clara, y punto).

Nota del autor: Agradezco la inestimable ayuda de mi gran amigo Ekain Irigoien, sin cuya labor de horas y horas de desinteresada investigación me hubiera sido imposible la recopilación de los bertsos de Ijitu de Santxoenea, bertsolari, gitano y, además, vampiro.

FIN